Sánchez, Julio, *Miguel Harte. Críticos y Pintores*, [cat. exp.], Librería Clásica y Moderna, Buenos Aires, del 13 de octubre al 13 de noviembre de 1992.

La urna de un niño pobre

Por el paredón del cementerio de Ezpeleta caminaba buscando calas, o una coronita de flores de plástico con la inscripción "Siempre te recordaremos". En una florería vi una urna para niños hecha de fórmica. Imitaba ónix verde. Pensé que en otro contexto podría ser una obra de Miguel Harte. Cuando bajo las escaleras en el subterráneo veo los tubos fluorescentes en el techo y no puedo dejar de sonreír pensando en Dan Flavin. Los afiches desgarrados en los paredones me recuerdan a Mimmo Rotella, y los mingitorios a Marcel Duchamp. Mientras entraba al cementerio me pregunté si finalmente había desaparecido el "gap" entre la vida y el arte del que hablaba Rauschenberg. Por lo menos me conforma saber que después del Pop y del Minimal los objetos han generado un nuevo espacio de reflexión estética.

Lujo proletario

Los cuadro-objetos de Harte hechos con fórmica me cautivaron por la exacerbación de lo epidérmico. Eran piel pura, sin carne ni flujo sanguíneo. Era tanta piel que daban ganas de desgarrarla con una flecha como a un San Sebastián o con un seppuku a lo Mishima, para hacerlas sangrar, para eviscerarlas, Sin embargo Harte les infligía apenas un rasguñón o derramaba una gotita de resina (¿lágrima o eyaculación?).

La fórmica es algo vulgar, con pretensiones de mármol, el lujo de los pobres. Ni siquiera cubre madera, sólo un aglomerado hecho de aserrín y pegamento. Reúne todas las condiciones para el kitsch, pero Harte saca más partido de su mudez, de la ausencia de metáfora, de su frialdad a medias y de su reflejo difuso.

El que mira descubre

Martilux es una pintura que se emplea para cajas fuertes y motores. En sus últimas obras, Harte la vuelca sobre la madera provocando un efecto de superficie amartelada. ¿Una versión más aburguesada de la fórmica, un lujo menos proletario?

Siguen cayendo gotas sobre la superficie, pero el que mira atentamente descubre personajes minúsculos de ojos saltones y un poco narigones. Viéndolo a Harte no hay que ser muy perspicaz para reconocer su autorretrato, ¿O su autocaricatura? Los Hartecitos están protegidos por burbujas; envueltos en líquido amniótico parecen fetitos mirando el mundo. En obras anteriores utilizaba cáscaras de huevos –otra piel, otra forma embrionaria– con ojos. ¿Los huevojos? Antes y ahora, siempre la mirada desde el útero.

Una gran superficie monocroma, pero arremolinada, el movimiento petrificado. Explorando esta superficie –¿lunar, planetaria, plasma sanguíneo?– aparecen los Hartecitos. En la vorágine del mundo, en el pantarei heracliteano miran impávidos, se aíslan, se masturban, son como el Voyer Primitivo del Génesis. En otro planeta, sin burbuja (¿o después que se les pinchó?) se ahogan y asoman las manitos desesperadas. En el Mar de Martilux son señuelos que buscan atrapar una historia, una anécdota, una moraleja, algo que no deje solita a la imagen.

Ite missa est

Cuando entré al cementerio un montón de Jarras apiladas me recordaron a Arman y una mujer rezando a una escultura de Duane Hanson. Un chiquito junto a la tumba de su abuelo garabateaba a lo Joan Miró. Tomé un florero con agua para poner las calas y desde el fondo me pareció ver la sonrisa de un narigón de ojos saltones. No sé a quien me hizo acordar